

El personaje más famoso de la Universidad

Ángela María Torres Mejía
Departamento de Comunicación y Lenguaje
Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales
Javeriana Cali

La sala ya estaba dispuesta. Afuera, las plantas se mecían con la brisa de las 4:00 p.m., esa que en Cali llega como quien entra sin tocar, refrescando sin enfriar, mientras iban llegando quienes cumplieron con la cita. “Queremos mirar el verde”, dijo una de ellas, y la frase se quedó flotando. Porque, aunque la gran ventana estuviera cerrada, algo de esa escena —el vaivén de las hojas, la luz de la tarde, el deseo de respirar lento— se colaba en la conversación que apenas comenzaba.

Ese día, las emociones tuvieron rostro. En la proyección se podía ver la calma contenida de Keanu Reeves, como si lo habitara una serenidad antigua. La confusión elegante de Lady Gaga, con ese gesto de quien busca el hilo entre el desorden. La duda mansa de Shakira, que parecía pensar en voz baja. El papa Francisco, desbordado de risa, como si acabara de entender un chiste divino. Piqué, tenso, llorando como si le incomodara la situación vivida. Margarita Rosa de Francisco, segura de sí, con esa energía de quien ha aprendido a habitar los espacios con luz propia. Heath Ledger traía la intensidad del que acaba de luchar —y no sabe si ganó—. Y en la esquina, un personaje sin rostro vestido de incógnito. Uno que no se nombra, pero que existe, que es presencia, que está en medio de los demás.

La conversación inició con una pregunta disfrazada de juego: ¿Cómo te sentiste hoy?, la consigna indicaba que las respuestas no se construían con frases hechas ni estados de ánimo abstractos, sino con personajes. Tatiana confesó que había empezado la jornada como Margarita Rosa y salido de una reunión hecha Shakira. Natalia osciló entre Keanu y Margarita en la mañana, al mediodía se sintió tan feliz como el Papa y en ese momento se asumía Gaga. Sara hizo un recorrido parecido: el Papa al amanecer, Margarita entre reuniones y Keanu al llegar a la sala. Ana María, la facilitadora, tenía el historial completo: Margarita, Shakira, el Papa, y ahora Keanu. El ejercicio, aunque hizo reír, fue preciso porque cada figura condensaba una emoción compleja. Decía lo que, a veces, cuesta decir.

Ninguna mencionó al personaje de la esquina inferior: una silueta sin gesto, sin nombre, pero inevitable; que está y transita en el día a día, de quien todos hablan, pero nadie define del todo. Hasta que fue descubierto: es el Medio Universitario. Y, como pasa con los personajes bien contruidos, una vez apareció no se pudo salir de la conversación.

Después de los rostros vino la palabra. La sala, que había empezado en tono de juego, se volvió conversación. No de esas que se tienen en pasillos o juntas, sino una que baja el ritmo y se instala. Ana María lo planteó desde el principio: no se trataba solo de hablar, sino de permitir que algo se dijera a través de quienes estaban ahí. Por eso cuidó los silencios, marcó los tiempos, ofreció pausas. Y puso en el centro un tótem: la imagen de San Ignacio que sería llamado en cada participación como símbolo de bendecir la palabra que iba a ser dicha.

Las presentaciones vinieron después, sin guion. Se dijeron los nombres, las dependencias, lo que cada una hacía en la Universidad. Pero más que eso, se instaló la disposición a escucharse.

Ana María explicó que la conversación no seguiría un orden rígido. Las preguntas que la orientaban estaban ahí, pero cada quien podía elegir cuál la llamaba más. ¿Qué es hoy el Medio Universitario para ti?, ¿cómo lo has vivido?, ¿cómo se cruza con tu día a día?, ¿cuáles son los desafíos que le ves? Ninguna era inocente. Todas pedían algo que a veces cuesta: volver sobre la experiencia y mirarla con ojos nuevos. Y entonces, la conversación inició.

En la primera ronda, Natalia fue la primera en tomar el tótem. Quince años en la Universidad, la mayoría de ellos viviendo el Medio en el Centro deportivo. Habló desde ahí. Dijo que ese espacio le daba paz. Que era su lugar para estar en el aquí y el ahora, para ver otras caras, cruzarse con otras vidas, salir —por un momento— de la función y el rol. No se quedó solo en lo personal, como directora de doctorado, buscó que esa experiencia también se abriera para los estudiantes. Lo llamó “formación integral”, pero no lo dijo como consigna. Lo dijo como quien ha visto que hay cosas que no se pueden enseñar en un salón, que sale del convencionalismo de lo académico, pero que sí se aprenden en una universidad que se piensa entera. Habló con emoción, con una calma que se sostenía en la convicción.

Luego, Tatiana, con veintidós años en la Universidad, tomó el tótem. Su tono fue distinto, pero no distante, era analítico, más veloz, más cargado de capas. Dijo que el Medio Universitario no puede depender solo de una vicerrectoría. Que no se trata de propiedad institucional, sino de responsabilidad compartida porque el Medio somos todos. Que es valioso, sí, pero también frágil si no se protege bien. Habló de las rutas de formación en pregrado y posgrado como una oportunidad real, de esas que no deberían quedarse en la buena intención. Y se detuvo en algo que fue quedando como eco: la necesidad de claridad. “¿Qué es lo que estamos formando? ¿Qué es lo que se privilegia?”. Su voz no era la de quien duda, sino la de quien cree profundamente en algo y por eso lo cuestiona.

Por su parte, Sara, con un año y medio en la Universidad, dijo que, al llegar, creyó que el Medio Universitario era solo un nuevo nombre para bienestar universitario. Sonrió al recordarlo. Después entendió que no. Que era otra cosa. Habló del Medio como un lugar de cuidado, de personas que cuidan personas en distintas esferas. Su tono fue más íntimo, más reflexivo. No traía certezas, sino intuiciones. En su voz había algo valioso: el reconocimiento de que el Medio no se aprende por definición, sino por roce, por convivencia, por afecto.

Después de sus palabras, la ronda finalizó y se invitó a tomar un tiempo para reflexionar sobre lo que se había escuchado. Una pausa para sentir. Para dejar que las palabras aterricen, se organicen hasta donde hacen efecto. Nadie se apuró. Nadie se distrajo. El silencio fue parte de la conversación.

Luego, cada una volvió a tomar el tótem. Esta vez no para hablar de sí, sino de lo que había escuchado, de lo que le quedó dando vueltas. Era una segunda ronda más delicada. No se trataba de agregar cosas nuevas, sino de dejar que lo dicho por otras destellara. Y en ese eco, aparecieron nuevas formas de decir.

Natalia fue la primera en retomar la palabra y dijo que le había impresionado la riqueza de las miradas compartidas porque pensar el Medio Universitario era, en realidad, pensar la Universidad misma. Concluyó que el reto no era solo conceptual: era humano, estructural, cotidiano. Habló de la necesidad de trascender las comprensiones individuales para construir una visión que se sienta viva, compartida, real. Se preguntó —con esa pausa que deja lugar a lo incierto— cómo lograr que

lo que se formula se convierta en experiencia. Cómo hacer que la propuesta del Medio no se quede en la superficie. Habló de la belleza del Medio, de su mística, de esa dimensión que no siempre se puede explicar, pero sí se reconoce cuando se habita. Y con cuidado, con respeto, planteó el deseo de mayor sintonía de quienes tienen la tarea de acompañar esa formación —desde distintas orillas— para que logren caminar más en sincronía. No para unificar, sino para armonizar. Para que esa fuerza transformadora que todas reconocen no se fragmente, sino que se potencie. Habló de tradición, pero también de innovación. De cómo lograr que lo que se formula no se quede en el papel. Su voz fue tranquila, pero su pensamiento iba a fondo.

Luego, Sara, de nuevo con un tono pausado y más concreto, habló de cómo el Medio se cuele en los distintos niveles, de cómo transforma, pero también de cómo se diluye con el tiempo. Dijo que ser javeriano, estar en la Javeriana, debería ser una experiencia memorable. No por las palabras, sino por lo que se vive. Y preguntó qué se podría hacer para que no se pierda. Para que el Medio no se vuelva invisible, porque reconoció que, con el tiempo, esa vivencia se puede diluir, desgastarse. Y entonces formuló una pregunta sin dramatismo, pero cargada de sentido: ¿qué podríamos hacer para que el Medio se sienta como una impronta? No como algo que se explica, sino como algo que permanece. Como una manera de estar y de ser.

Tatiana cerró la ronda con una afirmación serena: no importa cuánto tiempo se lleve en la Universidad, cuando el Medio se vive, se reconoce. Lo dijo aludiendo a lo que había compartido Sara, a su forma genuina de habitar la experiencia. Lo que siguió fue una defensa del Medio desde la vivencia, no desde la estructura. Habló del aporte real que tiene para estudiantes, profesores, colaboradores; de cómo el Medio toca todas las dimensiones del ser. Dijo que se trata de una formación integral vivida, no formulada y eso —precisamente eso— es lo que constituye su ADN. También compartió algo que se siente en algunos espacios: la resistencia. Recordó que, para algunos el Medio puede parecer una imposición, incluso algo que se confunde con lo religioso. Pero con el tiempo —dijo— muchas de esas personas terminan agradeciendo. Porque lo que encuentran no es doctrina, sino encuentro. No es norma, sino sentido. Reconoció que uno de los grandes desafíos está en la educación inclusiva, no para contradecir lo que se ha hecho, sino para seguir afinando lo que aún se puede construir.

Volvió a instalarse el silencio. Otro momento de pausa para reflexionar sobre lo escuchado. Pero esta vez no era solo para procesar lo propio, sino para dejar que las palabras de las otras hicieran eco. En ese recogimiento, se sintió algo distinto: la sensación de que, al hablar, cada una estaba diciendo también lo que muchos otros piensan y no siempre dicen. Llegaban otras voces mediante lo que se decía. Las voces de quienes no estaban, pero estaban representados en esta conversación, porque, a veces, una sola experiencia basta para nombrar lo colectivo.

La tercera ronda comenzó sin prisa y con una invitación abierta: ¿qué les deja esta conversación? ¿Qué les tocó más profundamente?

Fue la facilitadora quien abrió el momento con una observación sencilla pero reveladora: esta había sido una conversación entre mujeres. Una voz femenina reconociendo el Medio. Lo dijo con una naturalidad que no necesitaba énfasis. No se trataba de marcar diferencia, sino de reconocer la textura particular que había tomado ese encuentro. Un diálogo de cuidado, de crítica amable, de escucha atenta. De presencia.

Tatiana fue la primera en pedir a San Ignacio y tomar la palabra. Mencionó que este espacio de conversación la sacaba de la rutina. Es un espacio refrescante y que permitía la reafirmación. Que le recordaba por qué seguía en este lugar. Habló de amor por la Universidad, de compromiso, pero también de desafío. Se preguntó cómo hacer para que la inclusión y la diversidad se vivan de forma más plena en la formación. Dijo que el Medio transforma, sí, pero que esa transformación debe seguir pensándose. Que no basta con nombrarla: hay que sostenerla, encarnarla. Su tono era el de quien se sabe parte de algo y quiere que siga creciendo.

Natalia lo llamó después para decir que estos espacios de reflexión y discernimiento eran necesarios. No por protocolo, sino porque permiten detenerse, pensar; revisar lo construido y lo que falta. Habló de esperanza. De una esperanza sostenida en la posibilidad del diálogo. En la apertura para escuchar y en el deseo de avanzar sin perder lo ganado. Su voz tenía la calma de quien ha recorrido y quiere seguir caminando.

Sara cerró con pocas palabras, pero con un gesto profundo y dijo que coincidía con lo dicho por sus compañeras porque pensarse en el Medio, y pensarse desde él, le permitía recibir y sentir que estaba donde quería estar. Que estos espacios le dejaban algo. Que el Medio, en su caso, construía y le daba identidad. Dijo una frase que sacó una sonrisa: “eso es muy javeriano”. No lo explicó; tampoco hizo falta.

Y entonces, como en los buenos finales, hubo una afirmación que cerró el círculo. Tatiana, otra vez, dijo: “Cuando se habla del Medio, ¿será real? Sí. Es real. Es totalmente genuino.” Lo dijo sin énfasis, sin pose. Como quien acaba de comprobar algo que ya intuía.

Como cierre, fue la facilitadora quien propuso una canción: Somos uno, de Axel. No fue un coro. Fue un hilo invisible que las sostuvo en medio de las diferencias, del recorrido, de los tonos y trayectorias distintas. La letra traía algo que no se había dicho en voz alta, pero que se venía tejiendo desde el inicio: “aunque seamos distintos, somos uno”. Era una forma de confirmar que lo vivido no era solo conversación. Era pertenencia, comunidad. Un nosotros silencioso que se venía gestando sin apuro.

Y así terminó, con una certeza compartida: el personaje más famoso de la Universidad existe. No tiene un solo rostro, pero está en todas partes. A veces se lo nombra, otras, se lo intuye. Pero ese día, por unas horas, se sentó en la mesa con todas.

Esa tarde, la sala no fue solo un espacio. Fue un cuerpo hecho de voces femeninas que no discutieron, sino que conversaron; que no buscaron tener la razón, sino construir juntas. Cada intervención fue como una línea de costura: punzada tras punzada, fueron hilvanando una memoria común, un modo de estar, de pensarse, de reconocerse en el Medio y entre ellas. Lo que quedó no fue un discurso, sino sentido. Algo que no se archiva, pero que se guarda. Porque así conversan las mujeres cuando lo hacen desde lo que sienten: sin estridencias, pero con fuerza. Con una verdad que se posa, no que golpea. Y al final, solo quedó la posibilidad de pensar, con otras, eso que solemos pensar en soledad.